

BARRIO ONCE:

De las carretas de ayer al enorme emporio de hoy

Por LUCILO CÁCERES

Según lo ha establecido recientemente la Municipalidad metropolitana, por barrio de Balvanera se entiende el perímetro comprendido entre las avenidas Independencia, Entre Ríos, Callao y Córdoba y las calles Gallo, Sánchez de Bustamante y Loria. Es decir, se ha suprimido el nombre de Once de Septiembre —Once, a secas— en el nomenclador ciudadano, pero parece difícil, sin embargo, que quede eliminado del hábito colectivo, porque sus dos sílabas se retienen y pronuncian con más facilidad que las cuatro de la designación oficial, aunque ésta, después de todo, no ha de considerarse arbitraria en cuanto configura el retorno a lo que fue de uso extendido a fines del siglo anterior y en las dos primeras décadas del actual. No se conocía entonces al lugar sino por Balvanera, como se lo advierte, verbigracia, en **Un guapo del 900**, de Samuel Eichelbaum: —“Salú, turros de Balvanera”—, dice Gualberto, en el cuadro segundo del segundo acto. Aunque resulte superflua la explicación, Balvanera se llama la iglesia emplazada en Bartolomé Mitre y Azcuénaga y así se denominaba, también, a todo el contorno a que alcanzaba la influencia parroquial. Hasta que no sancionó, en 1912, la ley del sufragio secreto, conocida por Sáenz Peña, las elecciones se realizaban en forma pública, con mesas instaladas en los atrios de los templos. Allí se cantaba el voto y allí se armaban, con frecuencia, reyertas sangrientas porque los caudillos políticos acudían a cualquier expediente para que el escrutinio no les fuese adverso. Y en Balvanera se libraron algunas de las batallas más memorables de ese civismo fraudulento que compraba voluntades y conciencias y se nutría, además, de empanadas y vino.

Pero, de todos modos, no costaría probar que el gran centro de la vida del Once fue, desde lejano tiempo, la Plaza Miserere y la estación del Ferrocarril Sarmiento, contigua a la cual

estuvo la Bolsa de Cereales. En sus alrededores inmediatos abundaban las fondas, los hoteles, las churrasquerías y una larga serie de negocios para surtir las necesidades del abigarrado y activo mundo que se movía a toda hora por ese paraje que adelantaba, en la trepidación jadeante de las locomotoras de vapor, la inminencia de la pampa, un oeste de campos feraces, de espigas colmadas, de ganado rompiendo la uniformidad de la llanura. Los trenes habían venido a suceder, luego de la primera mitad de la centuria pasada, a las lentas carretas que iban y regresaban de los confines de la tierra criolla que se desplegaba hacia el Occidente, cargadas de frutos o de géneros y otras mercancías, de manera que servían al único intercambio posible en los días azarosos de los malones indios, por huellas polvorientas y soles quemantes o fríos que escarchaban el aliento de los bueyes.

¿De dónde procede lo de Miserere? Oigamos a Manuel Carlos Melo: “La historia comienza cuando el muy ilustre Cabildo de la ciudad capital de la Gobernación del Río de la Plata, en sesión del 3 de septiembre de 1771, manifiesta su celo por el bien público considerando el proyecto de dotar a la población de mataderos acordes con las necesidades del abastecimiento de carne, a cuyo efecto se ha propuesto a Su Señoría el Gobernador “poner algunos corrales a la parte Oeste de la ciudad en un terreno despoblado que está perteneciente al exido, más acá de la Quinta de los herederos de don Carlos Balente”, ambos situados sobre el camino real, o sea la prolongación de la calle de las Torres, actual Rivadavia”. En 1775, luego de largos trámites, el Cabildo ordena suprimir los corrales particulares y habilitarlos por cuenta de la ciudad. Cuatro se construyeron en las inmediaciones de la Recoleta y “otros cuatro en un campo del Ejido junto a los hornos que Maman de Carcaburo (Pablo Antonio de Ca-

“Para vos, barrio Once, este verso emotivo, con un cacho grande de cielo de rayuela.”

Carlos de la Púa

rricaburu), camino de la quinta de Balente”. A partir de ese momento, la gente de ese suburbio los nombra a estos últimos **Corrales de Miserere**, pero no ha de ser hasta el 8 de julio de 1805, en un documento oficial del Cabildo, cuando se reconoce tal nombre, consagrado por la fuerza de la costumbre.

Por dos veces, los corrales de Miserere cubren sendos y gloriosos capítulos de la historia nacional. El 11 de agosto de 1806, Santiago de Liniers, al frente de 4.000 hombres, reclutados en Montevideo y en San Isidro, ocupa los “mataderos de Miserere” y “desde allí intima la rendición al comandante enemigo, general Guillermo Carr Beresford. Al decidir éste sostenerse en la Fortaleza y centro de la ciudad, Liniers sale esa misma noche con sus tropas de los corrales para la reconquista gloriosa”. Al año siguiente, “bajo la amenaza de la segunda invasión inglesa, Buenos Aires se apresta a la resistencia y la tarde del día 2 de julio en esos **Corrales de Miserere** parte de nuestro ejército intenta cortar el paso a las tropas británicas... Las avanzadas del enemigo llegan hasta la plaza de Lorea... pero luego viene nuestra victoria”.

UNA CORTE DE LOS MILAGROS

El Once fue una suerte de Corte de los Milagros durante un largo período, que puede situarse entre 1870 y 1940, aproximadamente. Al sinnúmero de bodegones de toda laya que se desparramaba por una amplia zona, sumábanse cigarrerías, agencias de lotería (y de quinielas y de jugadas para las carreras de caballos), cafés de turbia atmósfera consagrados al rito del naipe, casas de dudosa moralidad, según el eufemismo periodístico y, además, lustradores de zapatos, vendedores ambulantes, reñideros de gallos, canchas de pelota y, en fin, un muestrario acabado de la vida pintoresca de los

pícaros, no tan amigos del trabajo como de las trampas menores para subsistir a costa del esfuerzo ajeno. Pero tuvo, también, sus hitos de prestigio legítimo. Ha de saberse, así que Florentino Ameghino se instaló con una librería en Rivadavia y Larrea —sin que la ubicación sea absolutamente precisa—, donde acumulaba huesos y más huesos de animales fabulosos. Que se reunían en éste o aquél café Roberto Casaux, Armando Discépolo, Rafael de Rosa, Folco, los hermanos De Caro, Carlos Gardel. Que hubo por allí un club de boxeo, el Policial —en Rincón, casi esquina Rivadavia— que fue escenario de épicas peleas de aficionados. Que al Once le corresponde el honor de haber sido la cuna de Discepolín, cuyo **Cafetín de Buenos Aires**, acaso no haya sido otro que el Oberdam, donde aprendieron y perfeccionaron las malas artes del escamoteo muchos pequeros. Que en su teatro Marconi, ya silenciado para siempre, resonaron las voces de tenores, barítonos y tiples para solaz de los oyentes del bel canto. Que esos mismos divos, terminada la función, cruzaban la calzada para dirigirse a lo de Gildo, en la esquina de Rivadavia y Azcuénaga y empeñarse en comilonas succulentas con vinos espesos o, si no, con la "polenta" frita que sabía a manjar del cielo en las noches de invierno. Que hasta un tango, **El once**, le dedicó Osvaldo Fresedo.

Poco después del Centenario a Rivadavia la despojaron de una parte de sus entrañas terrosas para que la atravesase el túnel del subterráneo y de este modo, el traslado del Once a Caballito o a Plaza de Mayo se redujo a unos minutos de viaje por el tubo abierto en las profundidades de la calle. Por esos días, Hipólito Yrigoyen, criado en la pulpería que sus abuelos tenían en Rivadavia y Matheu, casa materna, asimismo, de su tío Leandro N. Alem, ya preparaba las armas para la gran contienda electoral de 1916, seguro del triunfo, porque lo único que necesitaba era lo que Sáenz Peña acababa de proporcionarles: el cuarto oscuro. Cuando lo consagraron sus conciudadanos, el Once vibró, a igual que todo el país, de cálido entusiasmo por aquél hombre de palabra parca que había transcurrido su niñez en el barrio de Balvanera.

EL ONCE DE HOY

Dejemos correr el tiempo para que se nos aparezca la visión de hoy. El Once conforma un verdadero empo-

Barrio Once, siglo pasado: una de las "Trattorias" que abundaban por los alrededores de Plaza Miserere

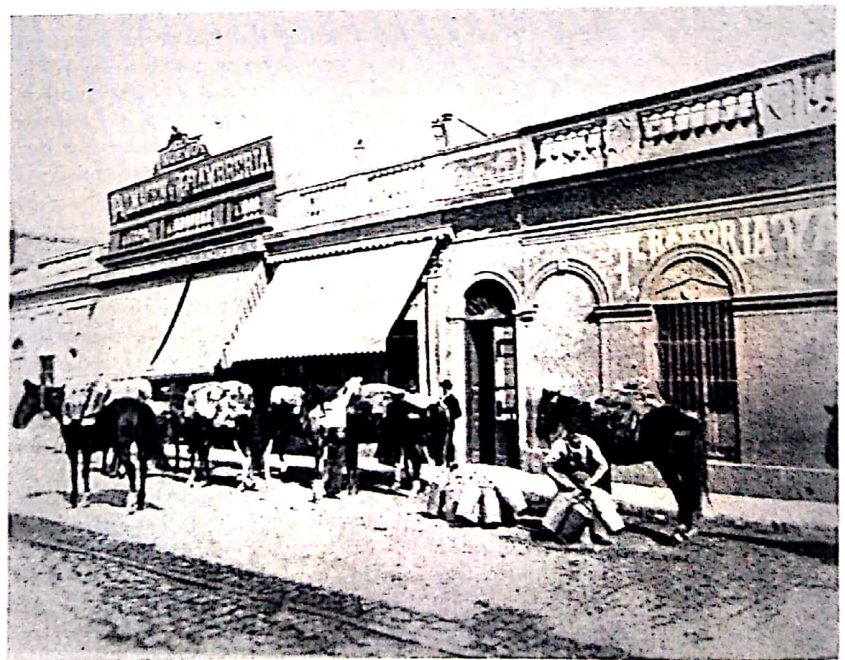
rio, sin posibilidad de semejanza con ninguna otra porción del predio porteño. En un paseo demorado por Mitre, Cangallo, Sarmiento, Corrientes, Lavalle, Tucumán y Viamonte y por las arterias que las cruzan, desde Paso hasta José Evaristo Uriburu, con manifiesta tendencia a avanzar hacia Callao, la impresión que se recoge es la de un reducido pero alienado mundo de mujeres, hombres y niños que ocupan las aceras, se apiñan frente a las vidrieras, hablan en voz alta, vacilan, se resuelven, miran, imaginan, ríen, se quedan adustos... Es que se despliega en ese no muy amplio rectángulo uno de los mercados más activos, más diversos, más heterogéneos que quepa concebir. Tiendas y más tiendas de géneros alternan con negocios en que se puede complementar el ajuar individual y doméstico, porque a quien quiera le está dado adquirir sombreros, zapatos, carteras, mantelería, pañuelos, medias, trencillas, cordones, botones, fantasías, pieles, toda clase de artículos plásticos, juguetes, bolsones, ropa interior, vajilla, mantas... la mar en coche, para decirlo pronto. Prácticamente, el surtido no tiene límite, ni el color, tampoco, tan múltiple es la gama de azules, verdes, ocres, blancos, grises, amarillos, violetas, rojos de trapos femeninos y masculinos.

Cuando se iluminan las vidrieras y los carteles anunciadores, el espectáculo asume las características de una feria deslumbrante, mientras por el pavimento ruedan los automóviles agregando su nota estridente para que el aire se llene de ruidos y surja, entonces, un espeso rumor que sube

por entre las columnas de luces hasta perderse en la noche.

Pero hay otras concentraciones de intenso movimiento en el Once. Una es que tiene por eje la estación ferroviaria y las terminales de ómnibus y colectivos que parten y llegan de las direcciones más opuestas. Para que los pasajeros de los distintos vehículos disimulen la espera o se respongán de la fatiga que les significó el viaje, bares, grills, confiterías y churrasquerías les ofrecen la estimulante aroma de sus comidas, el olor penetrante y apetitoso de la carne asada. Ninguno de esos locales, sin embargo, ha conseguido sumergir en el olvido de los viejos y nostálgicos porteños al Podestá de la esquina de Jujuy y Rivadavia, no obstante que subsiste el salón con el mismo nombre, pero transformado según los cánones modernos en un restorán de paso, donde las miradas de los mozos urgen la rápida ingestión para que otros parroquianos puedan ocupar las mesas. En el Podestá de antes imperaba el ambiente de los comercios que tenían no poco de trato familiar, de amistosa comunicación para que nadie dejara de sentirse a gusto mientras engullía los trozos de la milanesa fría o los zapallitos rellenos, preparados como "en casa". Todo se ha ido, volteado por la fiebre de innovación que acomete a Buenos Aires desde hace unos años, como si quisiera borrar hasta el más leve signo del pasado.

Finalmente, la tercera convocatoria es la del Mercado de Abasto, hasta el que llegan a toda hora los camiones cargados de verduras, legumbres, frutas y reses y medias reses. Nada



se guarda para sí el depósito de las municiones de boca, pues salen a renglón seguido para ser distribuidas por los minoristas. De hecho, no hay paréntesis en la ininterrumpida continuidad del trabajo dentro y fuera de ese edificio de alto porte, del que se escapa un incitante olor frutal. Hombres afanosos se mueven sin descanso, día y noche, ensayando su fuerza hercúlea, en tanto que en los boliches de las proximidades no cesa la "reposición de sellado" de bifes, ensaladas, sopas picantes y el traseigo de las botellas a los vasos y de los vasos al coleteo.

Este es, a grandes y gruesos trazos, el Once actual, o Balvanera, como impone la Intendencia metropolitana. Para que no quede incompleta su fisonomía, hay que consignar, a manera de punto final, que inserto en el Once se encuentra el barrio judío, del que viene a ser una especie de capital la Sociedad Hebraica Argentina, que acaba de habilitar uno de los teatros más hermosos de Buenos Aires.



Antiguo aspecto de la plaza Once y la calle Rivadavia hacia el este. (Foto: A. G. de la N.)

Ilustración: O. PIERRI





John M. Siewicki '68